

menos te acobarden los modales duros, groseros, desdeñosos con que los mundanos tratan á las personas que hacen profesion de virtud; ni mucho menos estrañes la poca justicia que á esta se la hace. Antes bien debes hacer el ánimo á que tu conducta no será muy aprobada de este género de gentes desde el mismo punto que te retires de sus concurrencias, y comiences á reformar tus costumbres; pero guárdate bien de rendirte jamás á sus falsos juicios. Para lograr mejor esto, nunca te declares á medias por el partido de Dios. Haz pública profesion de servirle; declárate abiertamente por la perfeccion cristiana. A ninguno desprecia mas el mundo que á aquellos devotos que se avergüenzan de que los tengan por tales.

2 Es un acto de virtud de suma utilidad cumplir todas las obligaciones de cristiano públicamente y con un modo ejemplar. Asiste los domingos al sacrificio de la misa y á los divinos oficios en tu parroquia con modestia y con ejemplar devocion. Frecuenta los sacramentos en público, y nunca te avergüences de parecer cristiano.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES JACINTO, QUINTO, FELICIANO Y LUCIANO, en la Basilicata (provincia de Lucania.)

SAN ZENOBIO, presbitero, en Said en la Fenicia, quien en el furor de la última persecucion, exhortando á los demás á padecer el martirio, se hizo tambien digno de la corona de mártir.

LOS SANTOS OBISPOS MAXIMILIANO, mártir, y VALENTIN, confesor, en el mismo dia.

SANTA EUSEBIA, virgen y mártir, en Bérghamo.

EL TRÁNSITO DE SAN NARCISO, obispo, esclarecido por su santidad, por su paciencia y su fe, en Jerusalem; el cual de ciento diez y seis años de edad durmió en el Señor. (*Véase su historia hoy.*)

SAN JUAN, obispo y confesor, en Autun.

SAN DONATO, en Casiopa de la isla de Corfú, de quien escribe S. Gregorio papa (en su libro de Epistolas; y cuenta, hablando de sus reliquias, algunos milagros obrados por su intercesion.)

LA DICHOSA MUERTE DE SAN TEODORO, abad, en Viena de Francia. (Despues de haberse ejercitado por muchos años en la observancia de la vida religiosa, mandó edificar un monasterio, y en él estableció la práctica ya bastante admitida de que el religioso que desempeñase las funciones de hebdomadario, permaneciese durante su oficio encerrado en una pequeña celda, orando de continuo para presentarse con mas pureza y fervor á celebrar los sagrados misterios. Y él tuvo este encar-

go muchos años. El don de milagros lo hizo célebre en su patria, donde murió el año 575.)

NOTA. Hoy la santa Iglesia de Gerona celebra la fiesta principal de su glorioso patron S. NARCISO, obispo y mártir, la cual se guarda en este día conforme lo determinó el Concilio Tarraconense. Segun el Martirologio Romano, léese la historia de este S. Narciso en las del día 18 de marzo, pág. 304.

SAN NARCISO, OBISPO.

FUÉ S. Narciso uno de los mas santos prelados del segundo siglo, y vino al mundo hácia los fines del primero. En aquellos dichosos tiempos, tan cercanos al nacimiento de la Iglesia, los sucesores de los primeros fieles casi todos heredaron la inocencia, el zelo y el fervor de los que el mismo Salvador del mundo habia formado ó habian sido instruidos y enseñados por sus sagrados apóstoles. Es probable que S. Narciso fué natural de Jerusalem, que fué educado en el primitivo espíritu de la religion cristiana, que reinaba en aquella capital de la Judea, teatro de nuestra dichosa redencion. Ignóranse los sucesos de los primeros años de su vida; solo se sabe que se aplicó con desvelo al estudio de las ciencias, particularmente al de la religion en que salió muy excelente. Correspondian á la excelencia de su ingenio la rectitud y la pureza de su corazon; por lo que hizo mayores progresos en la santidad que en la inteligencia de la sagrada Escritura. Siendo aun mas santo que sabio, todavía esta misma sabiduria contribuyó mucho á purificar sus costumbres. Entró en el clero en tiempo del patriarca Valente, ó á lo menos en el del obispo Dulciano, y en breve tiempo fué modelo de santos eclesiásticos. Elevado al sacerdocio, á pesar de su humilde resistencia, la nueva dignidad añadió nuevo lustre á su inocencia y á su virtud. Llamábanle el sacerdote santo, y pocos fieles dejaron de experimentar los efectos de su virtud y de su zelo; pero sobre todo ningun pobre dejó de publicar los de su ardiente caridad.

Lograba Narciso esta general estimación de los fieles y del clero cuando vacó la silla patriarcal de Jerusalem por muerte del patriarca Dulciano. Hubo poco que deliberar en la eleccion de su sucesor: fué Narciso elegido patriarca de Jerusalem por todos los votos. No hubo mas oposicion que la suya; pero no se podia deferir á ella siendo el sugeto tan digno, y la voluntad de Dios tan



S. NARCISO, OB.

declarada. Fuele preciso rendirse á los sufragios y clamores de todos los buenos; y habiendo sido consagrado hácia el año de 180, fué el trigésimo obispo de aquella santa ciudad despues de los apóstoles.

Con la nueva dignidad se sintio animado de nuevo fervor y de nuevo zelo; tanto, que contando ya á la sazón ochenta años, gobernó el rebaño con el mismo vigor y con la misma actividad que lo pudiera hacer en la mas robusta y mas florida juventud. Por su solicitud pastoral devoró fácilmente todos los trabajos de la mitra; y su penitente vida solo era austera para él mismo. Estaba en continua acción, predicando, instruyendo ó visitando su obispado, atento siempre á desviar los lobos, que con piel de ovejas se arrimaban al redil, cubiertos con todos los artificios de los herejes, para encarnizarse en el rebaño. Infatigable en las funciones de su ministerio, consolaba á unos, alentaba á otros, y se hacia todo á todos por ganarlos para Cristo.

Hácia el año de 195 asistió y presidió el concilio que se convocó en Palestina para decidir el punto sobre el día en que se debía celebrar la Pascua; controversia que á la sazón tenia tan encontrados los ánimos, como divididos los pareceres. Los padres del concilio compusieron una epístola sinodal importantísima y oportunísima (á juicio de S. Jerónimo) para confundir á los que no se querian rendir á la decision del papa Victor, obstinándose en que la Pascua se debía celebrar, como lo hacian los judios, el día 14 de la luna de marzo, contra lo que habia definido la santa Sede. Tiénese por cierto que este concilio se celebró en Cesarea, metrópoli á la sazón de toda la Palestina. Tambien se asegura que nuestro Santo convocó otro concilio de catorce obispos en su iglesia de Jerusalem sobre el mismo asunto; y que en todos fué igualmente escuchado y venerado como oráculo.

En el cuarto siglo se conservaba todavía entre los fieles de Jerusalem la memoria de muchas maravillas que habia obrado Dios por los méritos del santo obispo, uno de los mas célebres patriarcas de aquella santa ciudad. Entre otras es muy particular la que refiere Eusebio. Una víspera de Pascua faltó el aceite de las lámparas al mismo tiempo que los ministros de la iglesia iban á celebrar la solemnidad de la vigilia. Movido S. Narciso de la turbación y de la confusión que causaba en el pueblo aquel descuido, mandó á los que cuidaban de las lámparas que sacasen agua de un pozo que estaba á mano, y se la trajesen. Animado de aquella viva fe y de aquella entera confianza, que en parte

caracteriza á todos los santos, hizo oración y mandó á todos los ministros que llenasen con ella las lámparas. Obedecieron, y en el mismo punto, por un milagroso efecto del poder divino, aquella agua se halló convertida en aceite. Todos á porfía acudieron á proveerse del aceite milagroso, el cual se conservó mucho tiempo en memoria de tan nuevo y tan particular prodigio, asegurando Eusebio que aun se conservaba alguna porción de él en sus días; es decir, mas de ciento y cuarenta años despues de san Narciso.

Aunque era tan notoria y tan brillante la virtud de nuestro Santo, queriendo el Señor purificarla con el fuego de la persecución, permitió que no estuviese á cubierto de la mas fea calumnia. Tres hombres malvados, no pudiendo sufrir el resplandor de tan eminente santidad, ni mucho menos las saludables reprensiones de su zeloso pastor por su escandalosa vida; considerando por otra parte como un yugo insoportable su vigor episcopal y el arreglado tenor de aquella conducta irrepreensible, le acusaron de un crimen verdaderamente atroz. Para hacer mas creible su acusación, la confirmaron con un solemne juramento en forma de imprecación, siendo diferente la de cada uno. El primero dijo: *Quemado muera yo, si no es verdad lo que digo.* El segundo: *Permita Dios que me cubra de lepra, si es falsa mi acusación.* El tercero: *Quiero perder los ojos, si no fuese cierto lo que afirmo;* pero con todos estos juramentos, á ninguno pudieron persuadir que el santo obispo fuese capaz del delito que le imputaban. Sin embargo, horrorizado el Santo de tan injusta acusación, y perdonando de corazón á sus calumniadores, le pareció que Dios le ofrecia esta ocasión para retirarse á la quietud y á la soledad, por la que largo tiempo habia estaba suspirando. Partió, pues, secretamente; huyóse de su iglesia, y se fué á enterrar vivo en un espantoso desierto, donde se supo ocultar tan bien, que por espacio de ocho años no se pudo descubrir el lugar de su retiro.

Mientras tanto no tardó Dios en vengar la inocencia de su siervo, castigando con precipitada pena la maldad de sus calumniadores. En breves días se vieron cumplidas en los tres perjurios las maldiciones que cada uno habia pronunciado contra sí. Prendióse fuego una noche en la casa del primero con tanta violencia y con tanta rapidez, que él y toda su familia perecieron vivos en las llamas, sin que fuese posible socorrerlos. El segundo se cubrió de tan horrible y asquerosa lepra, que no se dejó ver en público hasta la muerte. El tercero, á vista de la desgracia de los otros dos, quedó tan espantado, que confesó

delante de todo el mundo la conspiracion formada contra el santo prelado, siendo tan vivo su dolor y arrepentimiento, tan continuas y tan copiosas sus lágrimas, que al cabo perdió la vista. Así vengó la divina justicia al inocente calumniado, y así castigó el sacrilegio y el perjurio.

Habiendo desaparecido S. Narciso, sin que por espacio de un año se hubiese podido saber el lugar donde se habia retirado, fueron de parecer los obispos de la provincia que se debia proceder á la eleccion de nuevo pastor. Recayó esta en Dio; pero habiendo fallecido pocos meses despues, fué puesto Germanion en su lugar, y á Germanion sucedió Gordio en muy breve tiempo. En estas circunstancias dió el Señor á entender á nuestro Santo, que corriendo de su cuenta el cuidado pastoral de un numeroso rebaño, debia preferir los trabajos del ministerio episcopal á la tranquilidad de su propia quietud; y que estando tan visiblemente probada, como universalmente reconocida su inocencia, era obligacion precisa restituirse á su iglesia. Costóle mucho este sacrificio; pero al fin fué necesario hacerle, y se dejó ver en Jerusalem como un hombre venido del otro mundo. Recibiéronle todos los fieles con tanto alborozo y con tanto tropel de gente, que por mas instancias que les hizo para que le permitiesen acabar sus dias en el retiro y en la oscuridad de una vida privada, no lo pudo conseguir, ni le fué posible excusarse de volver á tomar el gobierno de su iglesia. Así parece que lo queria tambien Dios; porque apenas llegó Narciso á Jerusalem, cuando murió el obispo Gordio; suceso que confirmó á nuestro Santo en el concepto de que esta era la voluntad del Señor. Aplicóse, pues, segunda vez al pastoral gobierno de sus ovejas con una vigilancia, con un zelo y con un vigor, que nada olian á envejecidos, trabajando todavia algunos años con copioso fruto. Pero al fin, su estrema ancianidad, sus fatigas apostólicas y sus escesivas penitencias llegaron á debilitar, y aun á consumir todas sus fuerzas; de manera, que se halló imposibilitado de cumplir con las precisas obligaciones del ministerio episcopal; y suplicó intensamente al Señor, que si no era su voluntad sacarle todavia de este mundo, se dignase por lo menos proveerle de un auxiliar, que pudiese suplir la debilidad de un viejo de ciento y doce años. Oyóle Dios benignamente, inspirando á S. Alejandro, obispo de Flaviada en la Capadocia, que fuese en peregrinacion á visitar los santos lugares de Jerusalem, y una vision que tuvo le confirmó en este pensamiento. La misma víspera de su entrada en la santa ciudad reveló Dios á S. Narciso y á muchos de sus clérigos, que el dia siguiente al mismo romper del dia

entraria en la iglesia un obispo extranjero, el cual habia de ser coadjutor y sucesor del patriarca Narciso. Pasaron toda aquella noche en oracion, y al amanecer se oyó una milagrosa voz, que clara y distintamente los decia saliesen á recibir al que estaba destinado para obispo suyo. Salieron todos, y el primero con quien se encontraron fué con S. Alejandro, que se quedó extrañamente admirado y sorprendido cuando vió delante de sí á todo el clero con el santo patriarca á la frente. Introdujéronle en la iglesia con solemnidad; y habiéndole declarado S. Narciso lo que Dios los habia revelado, le rogó que quisiese encargarse juntamente con él del cuidado de aquella iglesia. Informado el pueblo de lo que pasaba, acudió de tropel á juntar sus ruegos con los del clero; y como el santo obispo Alejandro vió tan descubierta la voluntad del Señor, se rindió á tomar el gobierno de todo el rebaño bajo las órdenes de su santo pastor. S. Alejandro, ilustre ya por haber confesado muchas veces á Jesucristo, y con el tiempo mucho mas por el glorioso martirio que padeció en el imperio de Decio, promovió maravillosamente el zelo de nuestro Santo. Escribiendo algun tiempo despues á los antinoítas de Egipto, les dice así: *Salúdoos de parte de Narciso, que gobierna esta iglesia antes de mí y ahora la gobierna juntamente conmigo, siendo al presente de mas de ciento diez y seis años.*

Con efecto, ya no se hallaba nuestro Santo en estado de hacer otra cosa que orar, por su estremada ancianidad. Su continua union con Dios, la ternura de su devocion, el ardor de su caridad, y lo dilatado é infatigable de su zelo en una edad tan avanzada, acreditaban bien que Dios le habia dejado tan largo tiempo en este mundo, solo porque la Iglesia gozase mas años aquel perfecto modelo de virtudes episcopales, y todos los fieles un cabal dechado de la mas elevada santidad. Quiso en fin el Señor premiar á su siervo tan larga cosecha de trabajos, y tan rico tesoro de merecimientos como habia adquirido en su dilatada carrera, y murió con la muerte de los justos, siendo de mas de ciento diez y seis años, que vivió en un continuo ejercicio de todas las virtudes cristianas.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente:

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Narciso, para que así como él te sirvió dignamente, nos libres de nuestros pecados por sus merecimientos. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 5 de la de S. Pablo á los hebreos, y la misma que el dia XIV, pág. 275.

REFLEXIONES.

Para ofrecer sacrificios por los pecadores. El sacrificio de la nueva ley hace infinitos escesos en mérito y en virtud á todos los sacrificios de la ley antigua. Institucion enteramente divina, oblacion santa, víctima de infinito precio, inmolacion del cuerpo y sangre adorable del hombre Dios, pontífice igual en todo á Dios mismo; ¿puede imaginarse sacrificio mas divino, ni mas digno de nuestro culto? Todo esto se halla junto en el santo sacrificio de la misa. No solo es este sacrificio el acto mas perfecto de religion; es, por escelencia, la maravilla de la misma religion: es, por decirlo así, el compendio de toda ella. Todos los sacrificios de la ley antigua, aunque tan augustos, eran no mas que oscura sombra, débil, imperfecta figura de la majestad, de la dignidad, de la escelencia del sacrificio de la nueva ley. Es la misa propiamente el tesoro de la Iglesia: es el esmero de la sabiduría y de la misericordia de Dios: ¡con qué respeto se debe asistir á ella! ¡pero con qué pureza de vida! ¡con qué fe! ¡con qué fervor! ¡con qué devocion! ¡con qué modestia! ¡con qué gravedad y majestad debe el sacerdote celebrar este adorable sacrificio! ¡con qué profunda religion se ha de presentar en el altar! La Escritura dice que Salomon sacrificó al Señor veinte y dos mil bueyes, ciento y veinte mil ovejas y carneros en la solemnidad de la dedicacion del templo. La Iglesia cuenta mas de veinte millones de mártires, que habiendo derramado su sangre por la fe, fueron otras tantas víctimas sacrificadas al Dios vivo. ¿Pues qué honra no le tributará tambien el sacrificio voluntario de todas las criaturas? Con todo eso, todos los actos de religion, y muchos otros mas perfectos que pudieran hacer las criaturas mas nobles, son muy inferiores, no tienen la menor proporcion con la escelencia del incruento sacrificio de Jesucristo en el ara del altar. Mas se le honra á Dios con una sola misa, que le pudieran honrar todas las obras de los ángeles y de los hombres, por fervorosas, por perfectas, por heroicas que fuesen. La immaculada hostia que se ofrece en el divino sacrificio, es de un mérito proporcionado á la majestad del mismo Dios á quien el sacrificio se ofrece. ¿Está Dios irritado con nosotros? ¿tenemos necesidad de nuevos auxilios? ¿gemimos bajo el violento yugo de las pasiones? ¿desfallecemos al rigor de obstinadas y graves enfermedades? ¿tenemos que rendir gracias á Dios

por nuevos beneficios? ¿hallámonos alcanzados, y todavía con obligacion de sacrificar á la divina justicia? Pues en solo el sacrificio de la misa encontraremos remedio á todas estas necesidades, y sobradísimo caudal para salir de todas nuestras deudas. Es la misa el remedio universal, el árbol de la vida y de la inmortalidad; porque en ella recibe Dios el homenaje de su querido Hijo, en quien tiene sus complacencias. Es una víctima que desarma su cólera: es un sacrificio de propiciacion que no puede dejar de aceptar, á lo menos, por parte de la misma víctima. ¡Buen Dios, con qué ansia debieran los fieles asistir á ella! ¡y cuánta es la dignidad de los sacerdotes, respetable aun á los ángeles mismos! ¡pero cuál debe ser su pureza, su fe, su devocion!

El Evangelio es del cap. 24 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Velad porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro Señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria! ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabeis. ¿Quién piensas es siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor cuando venga encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

De esto que se llama mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es cosa bien extraña que habiéndose tanto del mundo, teniéndose tantos miramientos por el mundo, poniéndose tanto cuidado en agradar al mundo, temiéndose tanto disgustarle, no se apliquen los hombres á conocer qué es eso que se llama mundo, y á examinar si acaso se discurre sobre preocupaciones falsas, si los temores son bien ó mal fundados, si este idolo no es mas que una fantasma; en una palabra, si lo que se llama mundo es una cosa que merezca ser temida, y á la cual se hayan de sacrificar los bienes, la quietud y la misma alma; en fin, si el tal mundo es un objeto digno de ser tratado con tanta circunspeccion y con una eterna condescen-

dencia. ¡Cosa rara! no se propone verdad de religion, máxima del Evangelio, que no se haya de consultar con el espíritu del mundo, que no se apele á su tribunal. Por lo comun la doctrina de Jesucristo ha de pasar por su exámen. Asústese en buen hora la conciencia, condene, prohiba Dios, todo está suspenso, mientras el oráculo de los mundanos no da su parecer. Todo se arregla, por decirlo así, segun sus interpretaciones; todo cede á sus costumbres y á sus leyes; todo se acomoda á sus máximas. El mundo quiere, el mundo condena, no sufre el mundo, el mundo no aprueba. Santo Dios, ¡qué lenguaje es este entre los que hacen profesion de cristianos! ¡y qué vergüenza de los cristianos el usar de este lenguaje! El mundo quiere ó no quiere. Y en suma, ¿quién es ese mundo, cuyo imperio está tan estendido, cuyo poder es tan universal, y cuyas decisiones son oráculos? Si ese mundo moral es una fantasma, que solo tiene ser en la imaginación, ¿no seremos unos insensatos en forjarnos un amo tan incómodo, sin mas sustancia ni subsistencia que las fantasías de otros? ¿en figurarnos un ídolo formidable, compuesto y fabricado de nuestras propias ideas? Pero si ese mundo es alguna cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos leyes tan duras? ¿quién le dió esa autoridad? ¿de donde le vino la jurisdiccion? ¿y por qué fatalidad hemos de ser nosotros esclavos suyos? Ciertamente cuando se discurre sin pasion y sin preocupacion; cuando se examina de cerca qué cosa es ese mundo, debiéramos indignarnos contra nosotros mismos por haber hecho tanto caso de él, siendo el juguete y la burla de su capricho.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que este mundo, que ejerce tan absoluto dominio en los entendimientos y en los corazones, hablando en propiedad, no es otra cosa que esa bulliciosa multitud de hombres de diferentes genios, inclinaciones y gustos, que no acomodándose con las máximas de Jesucristo, no tienen otro fin que su interés, no reconocen otra regla para gobernarse que la de sus pasiones, ni otro objeto de sus ansias que los bienes, las honras, los deleites y los gustos de esta vida; gente, por lo comun, de un espíritu vano, atronado, turbulento, de un corazon corrompido y de una ambicion sin medida; ocupada únicamente en cien frivolas bagatelas, sin gusto para cosa de sustancia, llevándosele todo la apariencia, y apacentándose de quimeras. Hombres en quienes muchas veces no se halla otro mérito que el de su vestido, el de sus galas, el de sus ricas telas, el de sus brillanteces, y que por la mayor parte solo son hábiles en el arte de engañar: teniéndose por mas discretos los que saben mejor

aprovecharse de las desgracias ajenas; y por mas dichosos los que tienen mas habilidad para disimular las propias, cubriendo con un esparcimiento superficial y exterior sus disgustos, cuidados y amarguras. Gente, en fin, que toda hace profesion de no ser devota, y á favor de tan vergonzosa confesion se imagina con derecho para insultar á la virtud mas ejemplar, para burlarse impia y escandalosamente de las mas santas devociones; que hace ostentacion de sus desórdenes, y aun de no tener religion, sino por bien parecer y por costumbre. Es el mundo un gran teatro donde los hombres se burlan los unos de los otros. Alguno hay que es la risa de todo el pueblo, y está en la inteligencia de que todo el mundo le admira. Reina en el mundo despóticamente una multitud de jóvenes aturdidos y disolutos, de mujeres vanas, esparcidas y libres, todas ellas de una reputacion, por lo menos, muy dudosa. Ese confuso monton de corazones estragados es el que juzga absolutamente; es el que condena ó aprueba segun su extravagante capricho. Y estos son aquellos formidables censores á quienes temen tanto esos hombres de juicio; estos aquellos amos imaginarios á quien tanto rezelan disgustar esos hombres de bien. Este es aquel grande, aquel bello mundo, que pretende ser árbitro de la fortuna de los hombres; y si le hemos de creer á él, de la felicidad de todo el género humano. A la verdad, ¿puede subir mas de punto la pobreza del humano entendimiento, que figurarse él mismo un horroroso monstruo de un fantasma fabricado á su placer? ¿Respetar, contemporizar, y aun llegar á temer el juicio de unos hombres, de quienes muchas veces se hace un altísimo desprecio, y que de cierto no merecen nuestra estimacion?

Ah Señor, ¡y qué dolor es el mio por haber hecho tanto aprecio hasta aquí, á costa de mi salvacion, de ese ridículo fantasma! No, mi Dios, ya no temeré mas á ese mundo; ya trataré todas sus máximas con todo el desprecio que merecen; y espero, con vuestra divina gracia, que el mundo no tendrá ya entrada, ni aun se arrimará á mi corazon.

JACULATORIAS. — Si, Señor; es mucha verdad, y me glorio de decirlo: ya no soy de este mundo. (*Joann. 8.*)
Quien ama al mundo, no ama á Dios. (*Joann. 2.*)

PROPOSITOS.

1. Nos indignamos, y con sobrada razon, contra la impiedad de aquel insensato pueblo, que habiendo sido él mismo testigo

de los milagros que Dios acababa de obrar en favor suyo, colmado de sus beneficios, é informado por sus propios ojos de las maravillas del Omnipotente, se deshace de lo mas precioso que tiene, entrega todas sus joyas para que se fundan y se fabrique de ellas un becerro de oro, á quien reconoce por su Dios. Pero, Señor, ¿somos nosotros menos ingratos, menos locos cuando sacrificamos nuestras mas esenciales obligaciones, nuestra salvacion, nuestra religion, nuestra alma á las leyes y á las vanas máximas del mundo, cuando por él os dejamos á vos? Avergüénzate delante de Dios de tu infidelidad; detesta tu pobreza de juicio, tu bajeza de ánimo en haber deferido hasta aquí al imaginario capricho de ese fantástico mundo, y de haberle preferido á tu Dios. A presencia de tus hijos, delante de tu familia y de tus criados no dejes pasar ocasion de ponerlos á la vista qué cosa tan ridícula es esto que se llama mundo, y el ningun caso que debe hacerse de él.

2 Jamás uses aquellos modos de hablar tan comunes hoy entre las gentes del mundo: *El mundo no aprueba esto; esto es la moda; hoy no se estila esto en el mundo; el mundo dice; el mundo condena; estamos en el mundo; es menester vivir como el mundo.* Mi Dios, ¡y qué poco cristianos son estos modos de pensar y estos modos de hablar! Digamos por el contrario: *Dios quiere, Dios nos pide, el Evangelio condena, Dios desaprueba, Dios manda esto ó lo otro.*

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE DOSCIENTOS Y VEINTE SANTOS MÁRTIRES, en Africa.

EL MARTIRIO DE SAN MARCELO, centurion, en Tanger en la Mauritania; el cual siendo degollado alcanzó la corona del martirio en tiempo de Agricolaio teniente del prefecto del pretorio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS TRECE SANTOS MÁRTIRES, que con los santos JULIANO, EUNO Y MACARIO, padecieron en tiempo del emperador Decio, en Alejandria.

SANTA EUTROPIA, mártir, en la misma ciudad; la cual visitando los mártires, siendo con ellos cruelmente atormentada, entregó su alma al Criador.

SAN SATURNINO, mártir, en Caller en Cerdeña; el cual en la persecucion de Diocleciano, por orden del presidente Bárbaro fué degollado.

SAN MÁXIMO, mártir, en Apamea de Frigia, en tiempo del mismo Diocleciano.